

CAPÍTULO 1

ANNE MARIE CALLAHAN

1991

Bolton Landing

El recuerdo más antiguo que tengo es del verano en el que usé mi camiseta preferida durante todo un mes sin que mamá se diera cuenta. Iba a cuarto año y mi madre pensaba que, si yo ya había entrado al sistema de escuelas públicas, bien podía dejarme sola cuando hiciera falta. Eso estaba tan aceptado socialmente que incluso tenía un nombre en inglés “*latchkey kid*”, o niño con llave de casa.

Vivíamos en un edificio de apartamentos que antes había sido un motel. La cocina consistía en un horno eléctrico y un microondas. Mamá limpiaba habitaciones en el Chateau, un complejo turístico de primera a orillas del lago George. Estábamos en el norte del estado de Nueva York, muy al norte, donde había una mezcla compleja de obreros locales y la élite urbana que iba de vacaciones. Mamá y yo, como habrán imaginado, pertenecíamos al primer grupo.

Mi madre tenía muchos ex. Extrabajos, examigos, exnovios, un

exmarido, que también era mi padre, aunque nunca había sido nada parecido. Aparentemente, había querido ser responsable y casarse con ella (ojos en blanco), pero unos meses después de mi nacimiento decidió que en realidad no tenía *tantas* ganas de serlo.

La camiseta, mi camiseta de *Tom y Jerry*, era blanca con los personajes estampados en el frente. Me encantaba. Me quedaba tan bien que me olvidaba de que la tenía puesta, y eso era lo único que me interesaba de una prenda: que desapareciera. Cuando usaba otras camisetas, me la pasaba tironeándolas y acomodándolas, pero a esta no. Además, la llevaba puesta cuando empezó esta historia, el día en que me infecté con el deseo de comerme el mundo.

Era un día de verano, muy caluroso y húmedo. Estaba aburrida y moverme combatía la languidez de esas tardes interminables, así que tomé la bicicleta y me fui pedaleando hasta el pueblo, que estaba atestado de veraneantes, tal y como esperaba. Incluso de niña sabía quiénes eran ciudadanos con dinero, por cómo sostenían las llaves del auto, como si fueran un accesorio sexy, y por cómo se tocaban con delicadeza los bordes de los lentes de sol. Me sentaba en el banco de afuera de la heladería y observaba.

Esa tarde, el cielo era de un azul nítido con alguna que otra esponjosa nube blanca. Así imagino que sería un papel tapiz del cielo. Estaba sentada en el banco cuando alcé la vista y me encontré con un mar de color aguamarina. Me visualicé penetrando el azul, atravesando el ozono para salir al espacio exterior, y después me imaginé yendo más allá del espacio exterior para salir a... ¿qué? La idea disparó un momento de pura desconexión, así es como lo llamaría ahora, y me embargó una rara sensación de “el universo es todo lo que hay, no hay nada fuera del universo”. No era un

pensamiento ateo, no tenía que ver con el Cielo. El adjetivo más cercano para describirlo era “misterioso”, pero elevado a la enésima potencia.

Me quedé sentada en el banco, sin moverme, hasta que la sensación pasó, lo que no tardó mucho. No era una sensación a la que una pudiera aferrarse, ni tampoco una que se pudiese olvidar. Cuando volví a mi casa esa tarde, me parecía que me había tragado un agujero negro que exigía ser llenado.



Mi mamá llegó tarde esa noche. Yo estaba despierta en mi ruidosa cama de una plaza, debajo de la ventana. Había estado escuchando con atención para ver cuándo llegaba, mientras contemplaba las gotas de lluvia en el vidrio; las perlas de líquido insistían en unirse antes de que yo estuviera dispuesta a perderlas.

Oí unas pisadas en la grava, que siempre era el primer sonido que anunciaba su llegada. Luego, unos segundos más tarde, la llave en la puerta, que ella giraba despacio porque pensaba que yo ya estaba dormida... Bueno, si es que pensaba en mí, cosa poco probable.

—Hola, mamá —le dije mientras colgaba su bolso. Quería que supiera que seguía despierta. Así tal vez consideraría sentirse mal por haberme dejado sola en la oscuridad tanto tiempo, necesitando un abrazo con urgencia.

—Ah, hola, mi amor —dijo con ternura, lo que me dio la pauta de que había parado en el bar de camino a casa a tomar unas cuantas copas de vino blanco. Dejó las llaves en la encimera, después

se acercó a mi cama y se arrodilló para rodearme con sus brazos. Yo me acurruqué, olvidando por un momento la desconexión del día, sumiéndome con alegría en su calidez. Mamá era hermosa. Tenía el pelo castaño y el cuello largo, pómulos marcados, una sonrisa traviesa. La gente decía que nos parecíamos, lo que me entusiasmaba y aterraba a la vez. Veía cómo la miraban los hombres: como si tuvieran hambre.

Cuando me abrazaba, olvidaba todo lo demás y vivía en un universo alternativo por unos segundos. Seguridad, amor, tiempo... muchísimo tiempo juntas. Pero más que nada, disfrutaba de la sensación de que le importaba, de que me había elegido a mí antes que a cualquier otra cosa.

Se apartó con un gesto abrupto, pero mantuvo las manos en mis hombros. Entornó los ojos, olfateó.

—¿Cuánto hace que llevas puesta esta camiseta? —Empezó a tironearla por mi cabeza, con torpeza y saña. El momento cálido que había estado viviendo por dentro implosionó.

Casi todos los recuerdos de mi infancia son borrosos, de la consistencia de los sueños. Salvo este. Este me sorprende por su intensidad: los colores de mi camiseta de *Tom y Jerry*; el cielo de papel tapiz antes de que el universo me reprogramara el cerebro; la presencia y la repentina retirada del amor de mi madre. En los muchos años que siguieron, he pensado en ese recuerdo como un plano que podría servir para explicar la vida que construí después.

—Carajo, Anne Marie —gruñó mamá. Aún puedo oírla arrastrar apenas las palabras mientras me quitaba mi camiseta preferida. La tela me dejó el cabello castaño crespo por la estática.

Nunca volví a ponérmela.

Anne Marie. Siempre lo decía a modo de regaño y nunca pude oírlo con otra intención. Jamás me sonó como una brisa cálida, ni como una puerta abierta. Siempre sonaba cortado y virulento, como si me advirtiera que no volviera a dar un paso en falso. No sé cómo les suena el nombre a otras personas que se llaman igual, espero que lo lleven bien. Para mí era un castigo. Y, de niña, siempre pensaba en cómo deshacerme de él.

La primera oportunidad llegó ese mismo verano, cuando vi un folleto de un campamento de teatro gratuito coordinado por la escuela secundaria. Pensé que era una señal del universo. Y tenía razón. Fue allí donde conocí a mi mejor amiga, Amanda, quien me enseñó a estar siempre atenta a las señales, tanto tangibles como metafóricas.

Cuando empecé la secundaria, ya había pasado unos meses felices como Scarlett (*Lo que el viento se llevó*), Rosalinda (*Como gustéis*), Blanche (*Un tranvía llamado deseo*), pero el primer paso hacia una vida distinta se produjo sutilmente cuando Amanda empezó a llamarme “Annie”.